

REVISTA DE SANIDAD MILITAR

AÑO VII. MADRID 1.º DE DICIEMBRE DE 1893. NÚM. 155

PURIFICACIÓN DEL AGUA EN CAMPAÑA

Los importantísimos trabajos hechos por hombres eminentes desde mediados de este siglo en las investigaciones de los fenómenos naturales, han transformado por completo el modo de ser de las ciencias físico-químicas.

Los bellos é interesantes trabajos de Pasteur desde 1857 hasta el día en el estudio de las fermentaciones, han demostrado hasta cierto punto la causa de éstas, debida á séres microscópicos dotados de vida; su aplicación á la etiología y á la patología explican la causa de muchas enfermedades que antes permanecían en el misterio; el descubrimiento de la atenuación de sus propiedades virulentas han sentado las bases de la vacunación racional.

Después, discípulos tan aventajados del sabio químico, como Davaine, Hoffman, Warning, Nagelí, Kock, Van-Tiegem, Setz, Chamberland, Boux, Miquel, Zopf, Chauveau y Macé, han hecho un estudio de estos séres tan detenido que hoy se conocen todas sus variadas formas, su género de vida y el modo que tienen de obrar cada uno en la economía.

Ellos nos dicen que son microscópicas algas del orden de las Cianofíceas, familias de las Nortocóceas y Bacteriáceas (Van-Thiegem), ó bien, según Wansche, hongos del grupo de los Schizomicetes, estando conformes todos en darles el nombre de Bacterias.

Por último, Cl. Bernard, primero, y después los trascendentales descubrimientos de Dupré y Benie Jones en 1866, los de Marquardt en 1871, y sobre todo los de Gautier y el célebre profesor de la Universidad de Bolonia Francisco Selmi en 1880, han acabado de dar las últimas pinceladas á tan hermoso cuadro, averiguando que estos fermentos, obrando sobre las materias albuminóideas muertas, ó bien sobre los tejidos de la vida animal, daban lugar, como resultado de sus fermentaciones, á compuestos complejos, como aminas, mercaptanes, ácidos grasos volátiles de olor repugnante, leucina, tiroxina, glicocola, y por fin, á álcalis orgánicos en un todo análogos á los alcalóides, llamados primero *Quinoidina animal*, *Conina cadavérica*, *Septicina*, y después

Ptomainas y *Leucomainas*, pero de una acción tóxica tan marcada, que si el individuo no tiene suficiente resistencia orgánica para eliminarlas por los emuntorios naturales, obran como verdaderos y activísimos venenos, causando la muerte.

Las bacterias que nos rodean por todas partes, en el aire, en los alimentos, y en el agua sobre todo, y que causan tan terribles estragos, han recibido el nombre de patógenas, y los productos de la fermentación, las *ptomainas* que producen, han dado lugar en muchos casos de peritaje químico-legal, tal vez á errores lamentables, siendo la causa de culpar á un inocente de envenenador, como sucedió en la muerte del General Gibonne, en que se confundió á la *delfinina* con una *ptomaina*, error que fué desecho por Selmi; tal es el parecido que tienen estos álcalis en sus propiedades químicas y fisiológicas.

Después, algunos de ellos han sido especificados; tal sucede con la *peptotoxina* hallada por Brieger en la putrefacción de la peptona, la *tifotoxina* producida por el *Bacillus thiphicus*, Eberth, y últimamente la *tuberculina* del célebre Kock.

Toda fermentación se interrumpe matando la vida del fermento; tal sucede con la levadura del pan, que cesa su acción al meterle en el horno; con la fermentación alcohólica, que cesa al añadir alcohol á los vinos; de aquí se pensó que, interrumpiendo la vida de las bacterias, se evitarían sus estragos en la economía.

Ahora bien; conteniendo el agua un número indefinido de estos seres, algunos de ellos patógenos, cuando aquélla se encuentra en contacto con materias en putrefacción ó con detritus orgánicos, era necesario, á fin de evitar sus efectos tan nocivos, ó bien retenerlos por medio de mallas finísimas (filtros), ó someterlos á una temperatura elevada (ebullición); hé aquí los fundamentos de la purificación de las aguas nocivas.

Así, que el *Bacillus typhicus*, Eberth, que produce la fiebre tifoidea; el *B. enteritidis*, Gaernetz, que da origen á la disentería epidémica de los países cálidos; el *B. septicus*, Pasteur, que es causa de la sépticemia gangrenosa; el *B. coli communis*, Escherich, que ocasiona la disentería epidémica en los campamentos, y el *Spirillum colerae*, Kock, verdadero azote de los ejércitos expedicionarios, todos ellos, afortunadamente, perecen á una temperatura de 110° á 120° c.

Y no decimos nada del *B. violaceus*, Bujivit, muy frecuente en los algibes; del *B. fluorescens putridus*, Fluge, que comunica un sabor insoportable á las aguas; del *Proteus mirabilis* y *P. vulgaris*, Hauser, que existe cuando el agua arrastra materias putrefactas, y del gran número de *Micrococcus*, *Beggiatoa*, *Cladothrix*

y *Crenothrix*, estos últimos algas filamentosas, que dan origen á desprendimientos sulfurosos, por reducir los sulfatos á precipitaciones de óxido fénico y á la formación de nubecillas blancas hialinas, que tan malos caractéres comunican al agua de bebida, ya que no tengan la toxicidad de las anteriores, porque también pueden ser destruídas con facilidad.

Cuando el soldado puede elegir un agua potable, no admite discusión que esto es preferible á la más escrupulosa purificación de un agua nociva; pero con mucha frecuencia se ve obligado por las necesidades de la guerra á beber esta clase de aguas, ocasionando verdaderos desastres en los ejércitos mejor organizados, de cuyos hechos están llenas páginas tristísimas de la historia.

Su lectura nos demuestra bien claramente ahora la causa de las hecatombes en sitiados y sitiadores en las célebres guerras de Sagunto y Numancia, por Aníbal y Pompilio; en los desastres sufridos por el duque de Medinaceli en la toma de la isla de los Gelves, en la que sus soldados abrían pozos para saciar su sed, resultando contener un agua corrompida que los diezaba á centenares; en las derrotas de Fernando el Católico en Baza; en las expediciones de los franceses á la Argelia; en las largas navegaciones de los ingleses á la India.

Podríamos citar buen número de casos concretos en este sentido; como por ejemplo, en Octubre de 1860 murieron 120 Hermanas de la Caridad, del convento de Munich, víctimas de fiebre tifoidea, por beber agua de un pozo que estaba en contacto con el lavadero del Hospital general colindante, en que hubo algunos casos de tífus, no ocurriendo la menor novedad en la ciudad; tres navíos de guerra transportaron 800 soldados de Bone á Marsella, ocurriendo tan solo en uno de ellos, el *Argos*, 111 casos de fiebre palúdica perniciosa, de los 120 que llevaba á bordo, por haber embarcado un agua cenagosa; los Oficiales que bebieron de otra, no sufrieron la menor novedad.

Por último, no podemos menos de recordar, con este motivo, un hecho bien reciente, y que nos debe servir de saludable enseñanza, por haber ocurrido en circunstancias muy parecidas á las críticas por que en estos momentos atraviesa nuestra patria; á poco de comenzar la gloriosa campaña de Africa, en Octubre de 1859, el ilustre caudillo D. Leopoldo O'Donnell se vió sorprendido por un enemigo más temible que las balas marroquíes: el cólera se enseñoreó del campamento, ocasionando un destrozo terrible en nuestras tropas; los soldados morían á centenares, el Cuerpo de Sanidad Militar distinguiéndose como siempre con su

valor y abnegación, prestó cariñosos cuidados á tanto enfermo y herido, pudiendo evitar males mayores, y eso que luchaba con la falta de medios para evitar el contagio y la infección; hecho que afectó tanto el ánimo sereno del primer duque de Tetuán, que le hizo exclamar en la sesión del Congreso de 18 de Junio de 1860, estas célebres palabras:

«No eran los moros los que á mí me imponentan; era el desarrollo del cólera, cuya duración y número de víctimas no podía calcular, con la precisa circunstancia, para mí muy importante, de hacer toños los esfuerzos posibles para que los coléricos no vinieran á los hospitales de enfermos y heridos del litoral, porque no quería traer á mi patria esa calamidad. Luchando, pues, contra toda clase de contrariedades, el General en Jefe estaba con la sonrisa en los labios y sin una arruga en la frente, porque era el deber, el terrible deber del General en Jefe.»

No hay para qué decir el auxilio tan eficaz que entonces como siempre prestó el Cuerpo para el éxito de la campaña; mientras el médico mayor D. Santiago Rodríguez iniciaba la creación del Parque sanitario y construía las sillas mochilas que llevan su nombre, el subinspector D. Eloy Perrín con un crédito de 100.000 pesetas dotó á nuestro Ejército de un completo material de ambulancias, adquirió numerosas tiendas-hospitales de campaña, furgones con sus atalajes, artolas, bolsas de socorro, camillas, cajas de repuesto, vendas é hilas, pudiendo decir al Ministro de la Guerra el 15 de Octubre de 1859: «mi General, puede V. E. disponer de recursos para 17.000 heridos;» actividad que S. M. premió con una expresiva Real orden de gracias en 17 del mismo mes.

Mientras esto se hacía en la corte, en Africa, bajo la inteligente iniciativa del jefe de Sanidad Sr. Martrús, los médicos señores Sumsi y Calleja se ponían al frente de los hospitales del Revellín y el Casino, en Ceuta, los Sres. Landa y Nieto montaban un hospital flotante en el *Torino*, y D. Santiago García Vázquez establecía otro en Tetuán para recoger los heridos de Wad-Rás, esto sin contar con los que la Dirección General tenía preparados en Ceuta, Málaga, Cádiz, Algeciras, San Roque y Los Barrios.

Terminaremos esta ligera reseña histórica haciendo notar que durante los tres meses que duró el campamento de Monte Esquinza en la última guerra civil, las tropas se vieron obligadas á beber aguas cenagosas; y que hoy todos reconocen que el número tan crecido de víctimas que ocasionó la fiebre amarilla en la guerra separatista de Cuba, fué debido en gran parte á beber nuestros soldados aguas estancadas en las que pululaban á sus anchas los *Criptococcus xantogénicus*, de Freire.

Resulta de todo lo expuesto, que hoy día es necesario dotar á nuestras tropas expedicionarias de medios convenientes para volver potable una agua impura y nociva: para esto es de todo punto indispensable que aquéllos reúnan las condiciones de perfección, facilidad en el transporte y rapidez de la operación.

Todos los medios que hasta ahora se han empleado con este objeto pueden reducirse á tres grupos: purificación por la adición de sustancias extrañas, por filtración, y por ebullición, ya solos ó combinados.

Adición.—Desde muy antiguo se creyó que las aguas cambiaban sus cualidades añadiéndolas líquidos alcohólicos, como los aguardientes anisados, el vino y la cerveza, que no producen otro resultado que enmascarar sus propiedades organolépticas; ó bien ácidos diluidos, como el vinagre, el zumo de limón, que á tan pequeña dosis no pueden coagular los fermentos, produciéndose únicamente la neutralización de la alcalinidad de algunas aguas: y cuanto á mezclar con ella infusiones aromáticas, como té, salvia y café, el buen juicio de nuestros lectores nos exime de refutarlos (1).

También data de muy antiguo el empleo del alumbre, que después perfeccionó Houvaton: bastan, según él, 20 gramos añadidos á un metro cúbico de agua, para volver á ésta, de turbia, transparente y cristalina; algún fundamento científico tiene este procedimiento más que los anteriores: efectivamente, el sulfato aluminico potásico forma con las materias colorantes y albuminóideas verdaderas lacas insolubles que arrastra al fondo; además, en contacto con el bicarbonato cálcico disuelto se descompone, formándose sulfato cálcico y alumina insolubles, que se precipitan, sulfato potásico que queda disuelto y ácido carbónico que se desprende; pero desde que Lechatelier demostró que quedaban dos tercios de materia orgánica sin descomponer, resulta inadmisibile.

Ya en época más próxima Anderson empleó las torneaduras de hierro, que agitadas con el agua dan lugar á la formación de óxido félico, que se une á las materias orgánicas precipitándolas; Condy, que con el mismo objeto añadía al líquido una solución de permanganato potásico; y por último, algunos han ensayado la adición de cal recién apagada, y parece ser que con algún resultado, bastando 2 kilogramos por 100 litros de agua; esplicándose los efectos que produce, por descomponer el sulfato magné-

(1) Los franceses elaboran con este objeto un licor llamado *Masagran*, que es un maccrado alcohólico de café y achicorias tostadas.

sico, dando lugar á sulfato cálcico y óxido magnésico insolubles, formar con los ácidos grasos que pudieran existir en el agua por contener restos de alimentos ó de jabón, verdaderos jabones cal cáreos insolubles, y poderse separar el exceso de cal disuelta bajo la forma de carbonato por la aereación prolongada.

FERNANDO DE LA CALLE,

Farmacéutico primero.

(Continuará.)

PRENSA Y SOCIEDADES MEDICAS

Tratamiento de la arterio-esclerosis generalizada.—

El Dr. Grasset divide esta afección en dos formas desde el punto de vista del tratamiento:

I. *Forma ligera ó mediana.*

1.º Régimen: beber leche á todas las comidas, ó purés de legumbres secas, huevos, legumbres verdes cocidas y carnes blancas. Prohibición de embutidos, caza, caldo, crustáceos y quesos. Ni alcohol ni tabaco.

2.º Veinte días por mes, una cucharada de la preparación siguiente, á cada comida:

Ioduro sódico.....	10	gramos.
Agua... ..	300	»

Los diez días restantes, tomará el enfermo dos veces por día, á las comidas, cuatro gotas de una disolución alcohólica de trinitrina al 1 por 100.

3.º Todas las mañanas fricciones secas con franela, y cada ocho días por la noche una pildora de 15 centigramos de áloes.

4.º Analizar la orina todos los meses, dosificando la urea y las substancias fijas eliminadas en las veinticuatro horas.

II. *Formas más graves; trastornos circulatorios, edema maleolar, disnea.*

1.º Régimen vegetal. Ni carne ni derivados de ella y además las prescripciones del núm. 1. Diez días por mes, régimen lácteo exclusivo.

2.º Tomar á cada comida (durante diez días), una cucharada de la preparación siguiente:

Ioduro potásico.....	10	gramos.
Arseniato de sosa.....	5	centigramos.
Agua.....	300	gramos.

Después, durante otros diez días, una cucharadita á las comidas de la preparación que sigue:

Arseniato de sosa.....	10	centigramos.
Ioduro de sodio.....	20	gramos.
Agua.....	300	»

Reposo de un día, y en él tomar tres cucharadas de la preparación siguiente:

Disolución de digitalina cristalizada al 1 por 100.....	5	gramos.
Agua.....	300	»

Los veinte días siguientes, una cucharada á cada comida, de:

Cafeína.....	}aa. 10 gramos.
Benzoato de sosa.....	
Agua	

Después un día de digitalina *ut supra*.
Se administra luego el yoduro durante veinte días, y así sucesivamente tres y cuatro, como la forma primera.

(*Revue de Therap.*)

SECCIÓN PROFESIONAL

EL HOSPITAL Y LA GUERRA

CONFERENCIA

dada en el

Centro del Ejército y la Armada

por el Médico primero de Sanidad Militar

DON LORENZO AYCART Y LÓPEZ

SEÑORES:

Ya que el haberme honrado en otra ocasión, ocupando esta tribuna, me exime en cierto modo de solicitar vuestra benevolencia, puesto que me consta que la dispensa y aun prodiga siempre esta selecta Sociedad, permitidme que empiece dando las más expresivas gracias á la Junta Directiva, y en particular á su digno Presidente, por la excesiva amabilidad con que ha acogido la idea de esta improvisada conferencia, sin parar su atención en las muy escasas dotes del conferenciante.

No temáis que trate de exponer ó debatir alguno de los asuntos científicos relacionados con la profesión médica ó con el arte militar, y llamados, por su importancia, á ser discutidos ámpliamente; pues bien se me alcanza que las circunstancias actuales no son las más adecuadas para distraer vuestro tiempo en disquisiciones de exclusivo sabor científico, que, por mi parte, no me atrevería á emprender.

Mi objeto no es otro que el decir cuatro palabras, algo no más de lo mucho que decirse puede acerca de los hospitales en campaña; y aun esto, no tanto por el deseo de haceros ver la importancia que á dicho asunto concede el Cuerpo á que pertenezco, cuanto por el afán de rectificar crasísimos errores y falsas apreciaciones que se han transmitido al público por medio de la prensa.

¡La prensa! Líbreme Dios de toda idea que envuelva la más ligera ofensa, el más pequeño desacato á ese agente poderoso de la civilización, órgano nobilísimo de la economía social, y astro potente, cuya luz, cuyo calor, cuyas energías, mantienen vivo en todos los pueblos cultos el espíritu de libertad y de progreso. Para ensalzar y enaltecer á la prensa, para rendirle un culto que bien pudiera llamarse idolatría, nadie tuvo jamás que vencerme de que sólo por raro accidente patológico puede convertirse la prensa en instrumento de pasiones viles y de bastardos egoísmos. Pero, señores, órgano sublime y nobilísimo es también el cerebro en la economía animal; por la delicada textura, por la alteza de las funciones del encéfalo, elévase el hombre entre todos los séres de la Naturaleza, hasta el punto de considerarse á sí propio como la obra más acabada y perfecta de la Omnipotencia creadora; y, no obstante, aun sin tener para nada en cuenta los trastornos patológicos que á las veces hacen responsable al cerebro humano de locuras y crímenes atroces, tenemos que reconocer que entre las múltiples funciones inherentes á esa entraña principal, desempeña gran papel la imaginación ó fantasía, facultad completamente normal, pero que, á causa de sus muchas informalidades, tiene bien merecido que fisiólogos y filósofos la llamen la *loca de la casa*.

Pues bien, la prensa tiene también su *loca de la casa*, y esta es, sin duda alguna, la información puramente imaginativa á que tan aficionados se muestran hoy algunos noticieros y reporters. Con la más sana intención, y llevados, por supuesto, del mejor deseo, por demostrar que han llegado los primeros, por alardear de buenos informes, con tal de parecer más expresivos, los periódicos suelen incurrir en desvaríos mayúsculos, que, por circunstancias accidentales de tiempo y lugar, pueden revestir el carácter de solemnes inconveniencias.

Ni creo necesario citar ejemplos que evidencien ese defecto, ni quiero parecer interesado en atribuirlo señaladamente á determinada publicación periódica; mas por si alguien me considerase obligado á demostrar mi aserto, suponiendo acaso que peque de exageración, voy á referiros un hecho facilísimo de comprobar, y que se refiere por cierto á uno de los diarios más populares y más sensatos de esta córte. Dábase cuenta de un brutal atentado cometido por medio de la dinamita, haciéndose con este motivo extensas consideraciones sobre la composición y los efectos de diversas substancias explosivas; el suelto en cuestión contenía instrucciones precisas relativas á la preparación de petardos y á los riesgos que pueden correrse en el manejo de los mismos; y al

final, quizá para demostrar que el redactor de la noticia dominaba perfectamente la materia, se hacía la siguiente observación en estas ó parecidas palabras: «la ignorancia del autor del atentado ha evitado que la explosión del petardo produjera otros efectos que la consiguiente alarma y el destrozo de unos cuantos cristales; porque si, conociendo mejor los efectos del agente explosivo, lo hubiera arrojado á una alcantarilla ó depositado en la cueva de uno de los establecimientos próximos, seguramente hubiese volado todo el edificio y habrían perecido multitud de personas.» Tened la bondad de decirme si cabría mejor explicación en una cátedra de anarquismo.

Habréis leído todos, entre el sinnúmero de noticias y comentarios referentes á los sucesos de Melilla, que en un principio se estuvo á punto de tener que efectuar amputaciones con un cuchillo de cocina; que, para curar á tal ó cual herido, hubo que echar mano de un pañuelo de color, porque no se disponía de otra cosa; más tarde, que se carecía de los elementos indispensables para las primordiales atenciones sanitarias; que faltaban por completo materiales de curación antiséptica; que entre los heridos se había desarrollado la tuberculosis; que se había reclamado oficialmente de la Cruz Roja el envío de personal y material á la plaza de Melilla; y por si esto no fuera bastante para abatir á todo buen español que esté pendiente de los sucesos relacionados con el actual conflicto del Riff, oid cómo se expresa el corresponsal de uno de los diarios de mayor circulación, y tened en cuenta que la residencia de dicho corresponsal permite considerarle como testigo presencial de los hechos que relata:

«¡El Hospital! El Hospital es la antesala de la muerte para estos bravos soldados. Cuando á él llegan, están desangrados, están perdidos. La medicina no tiene nada que hacer con ellos. Alguna vez tiene que entender la cirugía, que es hierro, que es bisturí, que es tijera despiadada. Por no poderse cortar á tiempo una pierna ó un brazo, éntrales la gangrena, que termina la obra de los moros en medio de los sufrimientos más atroces y terribles.»

Señores, aun siendo esto cierto, consideraría impropio publicarlo, cuando la patria anhela vengar ofensas inferidas á su honor y para ello se exalta más y más la opinión pública, se hacen todo género de esfuerzos y sacrificios, se separa de su hogar á los reservistas, y se disponen las tropas acampadas en Melilla á castigar la osadía de los moros fronterizos. Pero si lejos de ser ciertas, carecen, como carecen en absoluto, del más leve fundamento, esas aseveraciones resultan inconvenientísimas por muchas razones que á nadie se han de ocultar, y muy especial-

mente por el daño que causan en el decoro de la patria, en el ánimo de sus defensores, en el prestigio del ejército y en la reputación y fama de un Cuerpo que tiene y cree cumplir la sagrada misión de velar constantemente por la salud de las tropas.

Yo bien sé que se dirá que las personas en primer término llamadas á defender tan caros intereses, y todas las que directamente pudieran tener responsabilidad, en el caso de ser ciertos los hechos denunciados, deben desdeñar esas particulares apreciaciones, puesto que en lo íntimo de su conciencia abrigan la satisfacción de haber obrado como buenos, y eso es lo que verdaderamente importa al que tiene que cumplir con un deber. Pero no dejaréis de comprender, y yo por mi parte lo he advertido, que desde el momento en que se da publicidad á tan graves afirmaciones, el pernicioso efecto que ocasionan no se destruye en modo alguno con la tranquilidad que disfrute la conciencia de los que en ellas resultan comprometidos; haciéndose preciso é indispensable, con el fin de evitar irreparables perjuicios, que en esta ú otra forma se pongan de manifiesto ante la opinión pública las inexactitudes á que vengo refiriéndome, no sólo para contrarrestarlas, sino para quitar importancia á todas las del mismo género que en lo sucesivo se puedan cometer.

Todo el mundo sabe que, en ciertos momentos, la guerra se hace necesaria á los pueblos; y nadie debe ignorar que mientras la fuerza de la razón haya de supeditarse á la razón de la fuerza, la guerra podrá resultar más ó menos justificada, más ó menos patriótica, más ó menos civilizadora, más ó menos gloriosa, pero siendo, como es, la más alta expresión de la lucha del hombre contra el hombre mismo, nunca se la podrá llamar humanitaria. A la guerra se va á pelear; el ejército se bate siempre en aras de su honor y en cumplimiento de un deber, y es inocente, por no decir otra cosa, empeñarse en suavizar con delicados arpeggios de una lira sentimental las ásperas y estridentes notas del clarín guerrero. Forzosa y naturalmente se han de producir en la guerra lesiones corporales, traumatismos diversos, que si no ocasionan de momento la muerte, habrán de traducirse en laceraciones y roturas de los tejidos vivos, en mutilaciones sangrientas y dolorosas cuya sintomatología ofrece vastísimo horizonte á la literatura de los géneros patético ó terrorífico; pero una vez producidos tales daños, en vez de perder el tiempo en contemplarlos y en hacer descripciones innecesarias, lo práctico, lo humano, lo caritativo es tratar de poner á los heridos en condiciones de que no les falte una eficaz asistencia facultativa; y para esto, el camino más viable, el único camino seguro, es el de la ambulancia

y el hospital. Ved, pues, que no me faltaba razón al censurar que, en circunstancias como las actuales, se diga del hospital lo que, con gran pesar, os he leído hace un momento.

Examinemos ahora la cuestión bajo otro aspecto distinto, aspecto que considero desde luego el principal.

Insisto en que es una inconveniencia hacer odioso el hospital, cuando todo hace esperar que en breve han de ingresar en él muchos defensores de la patria. Pero la inconveniencia sube de punto, y llega á merecer otro nombre, si en su origen ha influido no sólo la falta de oportunidad, sino la falta de exactitud por exageración evidente y notoria. El hospital, en su más vasta excepción, no es ni debe ser considerado como la antesala de la muerte; el hospital tiene ¡quién lo duda! la sombra de tristeza que en asilos de este género proyectan siempre las múltiples formas del dolor y la forzosa separación del hogar y de los seres más queridos. Mas ¿quiere esto decir que por lo que hace á su esencial, primitivo objeto los nosocomios hayan de ser mirados con temor y considerados como una nueva desdicha para el desventurado enfermo? De ninguna manera.

Si la asistencia que se presta en el hospital tropieza con inconvenientes de orden moral que nadie deja de reconocer, en cambio ofrece muchas ventajas materiales de las que ya no se dan todos tan fácil cuenta: la misma disciplina del establecimiento; la selección de su personal facultativo; el hábito, cuando no la pericia, de los que actúan de enfermeros; la abundancia de todo género de elementos para socorrer con prontitud cualquier incidente imprevisto; la libertad de que goza el médico para hacer el diagnóstico y plantear la terapéutica sin las coacciones que en la práctica particular suelen ejercer el mismo enfermo y las personas que le rodean, son otras tantas ventajas de los hospitales, á las cuales hay que atribuir que en ellos sea donde se cosechen los primeros y mejores frutos del progreso de las ciencias médicas.

¿Creéis acaso que con los minuciosos é innumerables detalles que hoy exige la asepsia, podría ofrecer el más suntuoso palacio condiciones superiores á las de un buen hospital para el éxito de ciertas operaciones quirúrgicas, la laparatomía, por ejemplo? Tan cierto estoy de que la opinión se vá haciendo unánime en este asunto, que no pienso detenerme en citar hechos comprobantes, y que son más elocuentes que la argumentación más persuasiva. En otra época pudo hacerse vulgar la creencia de que el hospital hacía más largas y penosas las enfermedades; pero hoy nadie duda ya de que la asistencia que se presta en el hospital es

siempre más positiva, eficaz y beneficiosa para el paciente, puesto que allí se ahorra, entre otras cosas, no poco tiempo y muchos sufrimientos de consideración. Y conste que esta afirmación es aplicable á todos los procesos morbosos, sean leves ó graves, en todos los procedimientos terapéuticos, sean sencillos ó complicados, y en todos los órdenes de la intervención quirúrgica, lo mismo si se trata de un voluminoso tumor encefálico, que si se trata de una insignificante fractura del peroné.

Ahora bien: ¿existe alguna razón, puede alegarse motivo alguno que prive á los hospitales militares de las ventajas atribuidas á los nosocomios en general? Señores, no es esta ocasión, ni yo estoy en el caso de hacer comparaciones entre uno y otro género de establecimientos; pero me parece que no es aventurado, ni, menos, ofensivo para nadie, el que trate de sostener que el soldado no puede estar asistido en parte alguna mejor que en los hospitales militares. Porque dejando á un lado la consideración de que en el Cuerpo de Sanidad Militar á cuyo cargo están la dirección y las principales funciones de los mismos, sólo se ingresa mediante oposición ajustada á un programa, tal vez severo en demasía; sin hacer la enumeración de los Jefes y Oficiales del expresado Cuerpo que han logrado adquirir renombre en la Facultad de la Real Cámara, en los Claustros universitarios, en las Academias científicas, en la Beneficencia municipal y provincial, y en el ejercicio particular de la profesión; sin necesidad de que repita yo lo que dijo en el Congreso el Inspector Médico doctor Camisón, con motivo de la discusión de presupuestos en la pasada legislatura, hay una razón poderosísima para que siempre resulte preferible la asistencia del soldado enfermo en los hospitales militares; y es que en ellos el soldado se encuentra rodeado de sus camaradas, visitado solícitamente por sus Jefes, y asistido por el que es su constante compañero en la alegría y en el infortunio, lo mismo en los tranquilos días de la paz, que en los más apurados trances de la guerra; es, señores, que el médico que le asiste, acaso es el mismo que estuvo á su lado en el campamento y en las guerrillas, y le recuerda otros que murieron en el cumplimiento de su sagrada misión, ora alcanzados por los proyectiles de los contrarios, ora macheteados ó alanceados por los enemigos de España, ora sacrificados en abominable cuadro, sin más delito que vestir el uniforme del Ejército.

Por lo muy relacionado que se halla con el principio que estoy sosteniendo considero que este es el momento oportuno para decir algo de los servicios que los particulares y las Sociedades filantrópicas pueden prestar á los heridos en la guerra.

Yo creo, y me fundo para ello en las mismas razones que acabo de exponer, que como el Gobierno no dicte pronto una disposición que señale y limite convenientemente los socorros que hayan de prestar en campaña y en los hospitales militares los individuos extraños al ejército, nadie más que éste habría de sentir las funestas consecuencias del desorden que pudiera provocarse. Nada más digno, y, por lo tanto, más laudable, que el ofrecerse en cualquier forma á socorrer las desventuras de la patria; pero si á la sombra de una protección generosa han de prevalecer aspiraciones interesadas y particularismos capaces de engendrar discordias, fuera mejor pasarse sin el auxilio aunque de antemano hubiese que agradecer la voluntad.

Las Sociedades de la Cruz Roja establecidas en Francia, Italia, Alemania, Austria y Hungría, son poderosas colectividades que bajo la protección de damas ilustres, reinas ó emperatrices, y contando con la cooperación entusiasta y constante de todas las clases sociales tienen organizado hace muchos años un servicio especial de socorros que nada deja que desear. Y se comprende fácilmente: con tan buenos auspicios, y disponiendo, sobre todo, de un capital equivalente á muchos millones de pesetas, han podido acumular, por lo que á material sanitario se refiere, numerosos y excelentes elementos que causan con justicia el asombro de cuantos visitan las Exposiciones médicas internacionales; siendo de notar que, aunque dichas asociaciones no han descuidado el proveerse de apósitos y medios de curación adecuados al caritativo objeto que persiguen, á lo que han dado preferencia, invirtiendo para ello sumas respetables, ha sido á la adquisición de medios de transporte—carruajes y trenes sanitarios—y de material de alojamiento, constituido por tiendas y barracas hospitales de los mejores modelos; todo lo cual quiere decir que en países más ricos que el nuestro y cuya organización militar puede ser más perfecta, la filantropía popular procura á la vez socorrer á los heridos y aliviar las cargas del erario, puesto que, como veis, la mayor parte de sus recursos los emplea, no en material de transporte y curación, reglamentario para los Cuerpos, sino en los extraordinarios y costosos elementos que componen en tiempo de guerra las grandes formaciones sanitarias.

Pues bien, en Francia como en Alemania, en Italia como en Austria-Hungría, la Cruz Roja tiene oficialmente señalados los límites en que ha de girar su acción benéfica y altamente patriótica; y esos límites, que dicha asociación acepta con orgullo y nunca ha pretendido traspasar, la tienen legalmente circunscrita á ser, en todo caso, auxiliar del Cuerpo de Sanidad del Ejército.

Nuestro país es pobre por desgracia, y esta razón es bastante por sí sola para explicar que en España la Asociación de la Cruz Roja tenga poca importancia material: con decir que, no hace mucho tiempo, la Sección de Madrid solicitó y obtuvo del Ministerio de la Guerra que el Parque Sanitario le facilitara, á título de donativo, tres camillas literas, me parece que se puede suponer la ayuda que la Cruz Roja Española ha de prestar por hoy á los Gobiernos.

Y sin embargo, señores, apenas surge en nuestra patria algún conflicto de esos que reclaman rápidos socorros de carácter médico, aun siendo, como es, el Ejército el que primero y más eficazmente concurre á prestarlo en todas ocasiones, y aun tratándose especialmente de servicios sanitarios de campaña, llama la atención el decidido empeño que ponen los particulares y las Asociaciones benéficas en conseguir y mantener completa independencia de los organismos oficiales.

Esto no debe ni puede ser. Allí donde el Estado tenga creado un servicio con carácter oficial, ó lo que es lo mismo, con personal responsable de todas sus incidencias, el concurso individual ó colectivo que en casos extraordinarios se ofrezca, debe aceptarse con el carácter de auxiliar, y estar por tanto subordinado á las autoridades y á los preceptos que dirigen ó regulan el indicado servicio. Hacer otra cosa es crear una perturbación por la que el auxilio puede llegar á convertirse en rémora y obstáculo insuperable para obtener el bien apetecido.

Voy á terminar; pero antes me considero obligado á dar una idea, siquiera sea muy ligera, de los elementos con que se ha contado y se cuenta para hacer frente á las atenciones sanitarias de las tropas de Melilla.

A raíz de la primitiva agresión de los rifeños, los Médicos militares, residentes en la plaza, tenían á su disposición el material correspondiente á la reglamentaria dotación de los Cuerpos, el peculiar del hospital y el que, procedente del Parque, existía entonces como depósito en aquel establecimiento: total, más de 1.500 curaciones para atender á los 50 heridos que hubo que curar en la primera refriega. Desde entonces acá, conforme han ido llegando elementos de combate, ha ido aumentando gradualmente el material sanitario de dotación de los Cuerpos; material cuya reposición se ordenó hace muchos meses y se ha facilitado poniendo á disposición de los Cuerpos gran parte del material aparcado para proveer á las ambulancias divisionarias.

Aparte de esto, se ha remitido á Melilla y Málaga, con corto intervalo de tiempo, material sanitario de curación, transporte y

alojamiento para un Ejército de 15.000 hombres, quedando dispuesta en el Parque Sanitario otra ambulancia completa para una división; los hospitales militares de Melilla, Málaga y Cádiz han aumentado considerablemente su material; y á fin de facilitar la evacuación de enfermos ó heridos en los hospitales de la Península, se trabaja en estos mismos momentos para dotar convenientemente un buque-hospital de 300 ó 400 plazas y dos trenes sanitarios que puedan transportar en buenas condiciones alrededor de 200 heridos. Aun contando con esto, queda material disponible todavía para armar ocho trenes del mismo género.

El Parque Sanitario no descansa: atiende, por un lado, á cumplir las órdenes de entrega de material, y procura, por otro, reponer en breve plazo las bajas ocasionadas. El Laboratorio Central de Sanidad Militar y el sucursal de Málaga han abarrotado de medicamentos y de materiales de curación antiséptica la farmacia del hospital de Melilla, y las de los hospitales militares del litoral; y debo añadir también, que el Laboratorio sucursal de Málaga tiene existencia sobradísima para atender, por sí sólo en lo que á él concierne, á las necesidades sanitarias del Ejército de operaciones de Africa.

He hablado de material de curación antiséptica, y debo hacer, por lo que respecta á este asunto, una sencilla pero necesaria aclaración.

Se viene repitiendo uno y otro día con grave falta de exactitud, que el Ejército de operaciones carece de curaciones antisépticas. Si desde hace algunos años es oficial la cura antiséptica en los hospitales militares, ¿cabe pensar que no se hiciera así la de los heridos en campaña? Lo que hay es, que en otro tiempo, cuando para la curación de las heridas se creían indispensables las hilas y los trapos más ó menos usados, se comprende que pudieran adquirirse y renovarse tales elementos en cualquier parte; pero desde el momento en que las piezas de curación han de impregnarse de sustancias medicinales que las hagan asépticas ó antisépticas, y en tanto que no descubra la ciencia el medio de fijar de modo permanente estas diversas sustancias, la gasa, el algodón, el yute, y todos, absolutamente todos los materiales antisépticos, tienen que figurar en el catálogo de medicamentos de las farmacias militares, y en éstas es donde han de proveerse los Cuerpos del Ejército, utilizando las ventajas que para ello les ofrece una tarifa especial aprobada de Real orden. Lo repito y puede declararse muy alto: el material de curación antiséptica que hay acumulado en Melilla y Málaga es suficiente, no ya para atender las necesidades sanitarias que proporcionalmente corres-

ponden al número de combatientes que allí se han reunido, sino para curar á todos ellos durante un mes, en la disparatada suposición de que todos fuesen heridos en la primera acción que se librase.

Tened por último en cuenta, que hoy hay en Melilla medio centenar de Médicos militares, jóvenes unos que empiezan su carrera curando en las guerrillas, veteranos otros que ya prestaron sus servicios durante la guerra civil, ó en las campañas de Cuba y Filipinas. Unid estos datos á los que he enumerado anteriormente, y decid en conclusión si ha habido razones para hablar del célebre cuchillo de cocina, y de otras ridículas invenciones por el estilo, ni para pintar de modo tan lúgubre la situación y el porvenir de los españoles que vierten su sangre por la patria.

Si, con torpe inteligencia y con palabra más torpe todavía, he logrado la fortuna de despertar vuestro interés, y aun obtener vuestra conformidad respecto á alguna de las ideas expuestas, motivo sobrado sería para que me sintiese satisfecho; pero en tal caso, conste que al felicitarme sinceramente por ello, no lo haría por halagar mi vanidad, sino por conservar un agradable recuerdo, que me animase á perseverar en mi amor á la verdad, en mi cariño al Ejército, y en mi entusiasmo por el honroso uniforme que visto. He dicho.



VARIEDADES

El 22 de Octubre último se inauguró en Roma un concurso de material de transporte de heridos en campaña. Entre los muchos modelos expuestos en los ámplios locales de *Eldorado*, figuraban fuera de concurso los que posee la Cruz Roja y el material reglamentario de Sanidad Militar.

Treinta y dos de los 64 expositores eran italianos; figuraban también entre aquéllos, 21 alemanes, y varios austriacos, franceses, suizos, belgas, griegos é ingleses. De las 10.000 liras concedidas por los Reyes de Italia para este certamen, obtuvo el primer premio (3.000 liras), el médico de 1.^a clase doctor Rosati, que presentó cuatro camillas y tres sillas de su invención.



Por Real orden del 17 del corriente se ha dispuesto que los individuos de la clase de tropa que hayan terminado las carreras de Medicina ó Farmacia y pertenezcan á la reserva activa, queden á disposición de los Inspectores de Sanidad Militar de los Cuerpos de Ejército á cuyas regiones pertenezcan, con arreglo á lo que dispone el artículo 2.^o del Reglamento de la reserva facultativa del Cuerpo de Sanidad Militar.

Con estas indicaciones queda contestada la pregunta que hace en su penúltimo número nuestro estimado colega *El Siglo Médico*.